

establecimientos que disponen de medios para realizar en pocas horas enormes matanzas, así como para preparar los cueros, grasas, astas y huesos, pues todo se utiliza en esta explotación industrial. Hoy se verifican dichas operaciones con el auxilio de máquinas modernas; pero hace algunos años la matanza revestía un carácter más primitivo, llamando mucho la atención la ligereza y habilidad de los gauchos encargados de ella.

Á principios del siglo XIX, el viajero francés Orbigny describió las operaciones de un saladero. «Los animales — decía — son conducidos á los rediles del establecimiento la tarde anterior, para ser sacrificados á la mañana siguiente. Desde el amanecer, los operarios se preparan para el trabajo. Los unos, á caballo y con el lazo pronto, entran en el redil, amarran á cada animal por los cuernos y tiran de él, mientras otros que van detrás le obligan á marchar dándole golpes. Al llegar frente al cobertizo de la ejecución, le tronchan los corvejones traseros de una certera cuchillada y la res cae al suelo imposibilitada de andar. Entonces, ó la hieren en la garganta para desangrarla y le pinchan en la nuca hasta tocar la medula del espinazo. Todo ello ocurre en unos segundos. Mientras los hombres á caballo continúan la misma operación, otros operarios empiezan á desollar y partir la carne, separándola de los huesos, dividiendo aquélla en cuatro ó seis grandes pedazos, apilando los cueros y amontonando los intestinos, que algunos muchachos cuidan de limpiar. Estas operaciones son tan rápidas, que á veces á las nueve de la mañana están ya muertas 800 ó 1.000 reses. Los pedazos de carne, cortados en forma de lámina y limpios de grasa, se amontonan en una pila cuadrangular, con gruesas capas de sal interpoladas. Así permanece la pila durante quince días, para que las carnes se impregnen de sal, y luego se las cuelga de unas cuerdas ó estacadas con objeto de que se sequen, lo que las hace menos pesadas, más duraderas y de fácil transporte. Finalmente, se juntan en paquetes y se entregan éstos al comercio».

Hoy, estas operaciones de matanza y salazón se han modificado bastante. Las astas, huesos, sangre y otros despojos destínanse á la exportación para los centros fabriles, que los utilizan como primera materia de sus industrias.

Los establecimientos frigoríficos representan un gran progreso comercial. Gracias á ellos, la ganadería ha visto aumentada considerablemente su exportación. El primer frigorífico se estableció en 1883 en el puerto de Campana (Buenos Aires); el segundo en Barracas al Sud; el tercero en Zárate, y luego otros en Bahía Blanca, Barracas, etc. Estos establecimientos congelan las carnes de novillos y ovejas y las exportan á Europa. Algunos años han llegado á embarcar cerca de 4 millones de carneros y 400.000 novillos. Los grandes adelantos de la navegación y el tonelaje de los buques que anclan en el río de la Plata, permiten igualmente el transporte de ganado en pie á los puertos europeos, alistándose en pocos días un cargamento de miles de reses. La congelación de los frigoríficos y la exportación de ganado vivo hacen disminuir año por año la venta de carnes secas de los saladeros.

La agricultura mantiene varias industrias de gran importancia. Los molinos harineros existentes en Argentina se hallan instalados con arreglo á los adelantos más recientes. A fines del siglo XVI se establecieron por los españoles los primeros molinos, en el virreinato del Río de la Plata, movidos á fuerza hidráulica. El estado precario de la agricultura mantuvo hasta hace algunos años la industria de la molienda en su estado primitivo. Argentina tenía que importar el grano para su consumo, así como harinas, de Chile, California y hasta de Australia. En 1845 se inauguró en Buenos Aires el primer molino á vapor, y desde entonces se han creado en la República unos 700 establecimientos de molienda, todos ellos de importancia y con excelente maquinaria, triturando anualmente cerca de un millón de toneladas de trigo. La harina argentina se exporta al Brasil y á muchos puertos de Europa.

La caña de azúcar representa una de las mayores riquezas en las provincias de la región subtropical. A mediados del siglo XVII los españoles residentes en Perú y Chile introdujeron este cultivo en la provincia de Tucumán, desarrollándose con algún éxito. Pero en el tormentoso período que inauguró el siglo XIX, la caña de azúcar fué decayendo y hasta 1821 no se realizaron nuevas plantaciones en Tucumán, extendiéndose poco después á Salta, Jujuy y Santiago del Estero. Pequeños trapiches de madera sirvieron al principio para la fabricación rudimentaria del azúcar. La falta de medios de transporte no consentía mayor desarrollo. Llevar una máquina desde los puertos del Plata hasta Tucumán, era más costoso y largo que un viaje de Europa á la Argentina. La construcción del ferrocarril á Tucumán dió á la industria azucarera un impulso enorme y fulminante. Pudieron traerse grandes maquinarias y exportar con facilidad los productos, naciendo entonces los *ingenios*, que hoy constituyen la principal riqueza de las provincias del Norte.

La Argentina, que hasta 1894 fué consumidora de azúcares extranjeros, satisface en el presente con la propia fabricación sus necesidades de este artículo y exporta á los países vecinos. Su producción anual es de 800 millones de kilos. El Estado protege mucho á esta industria, concediéndola primas de exportación, á semejanza de lo que hacen algunas naciones europeas.

Otros establecimientos industriales producen alcohol y aceites de mani, lino y colza.

La industria vinícola tiene su centro más importante en las provincias de Mendoza y San Juan, llegando á dar á los mercados del país más de un millón de hectolitros. Esta producción aumenta rápidamente, pues cada año se plantan nuevos viñedos. A partir de 1890, comenzaron los vinos argentinos á tener influencia en el mercado, haciendo disminuir la importación extranjera. Pero ésta aun es considerable, pues los vinos nacionales sólo satisfacen una mitad del consumo.

VI

VALOR DE LA TIERRA

Es difícil determinar el valor de la tierra en un país tan extenso y variado como la República Argentina.

Aparte de su precio real desde el punto de vista de la producción, circunstancias especiales lo modifican con frecuencia. La construcción de una vía férrea á través de un campo, un alumbramiento de aguas en las inmediaciones, una cosecha excepcional y otras causas diversas pueden contribuir al aumento del precio. El agua es el tesoro de más valía para las tierras. Dos campos en un mismo distrito alcanzan un valor diferente, según sean mayores ó menores las probabilidades de riego ó se hallen más próximos á la vía férrea.

Las tierras dedicadas á cereales en la región Central, gozan de un precio casi fijo, regulado por el término medio de la cosecha, y su valor no está sujeto á fluctuaciones. Pero dos nuevos factores de valorización han entrado recientemente en la agricultura argentina. La alfalfa y la madera de quebracho alcanzan precios remuneradores en extremo, y las tierras que los producen suben de valor considerablemente.

Todo el que intenta ahora adquirir un campo, lo primero que se informa es de si ofrece posibilidad de riego ó si el agua está en capas subterráneas cerca de la superficie, para

plantar alfalfa y que ésta dure un buen número de años. Si el agua se halla próxima, el terreno adquiere un precio fabuloso, comparado con el que ofrecen cuando no es apto para la alfalfa.

El quebracho ha dado también gran valor á las tierras casi salvajes del Chaco, despreciadas hasta hace poco. Este árbol proporciona una madera durísima, que resiste perfectamente á la humedad, lo que la hace muy útil para construcciones. Además, su corteza proporciona grandes cantidades de tanino. Cuando algunas Compañías industriales dedicadas á la explotación de este árbol, repartieron á sus accionistas buenos dividendos, el quebracho llamó la atención de las gentes y sus bosques alcanzaron precios enormes.

Antes de que se extrajera el tanino de su corteza en las grandes fábricas del Chaco y Formosa, y que su madera fuese buscada para «durmientes» ó traviesas, por los constructores de ferrocarriles, se vendía la legua de terreno, en los bosques de quebracho, á 2.200 francos, ó sea á menos de un franco la hectárea. ¡Imposible pedir la tierra más barata! Ahora la misma legua vale 40.000 francos, y ni á tal precio es fácil adquirirla, pues los poseedores del terreno, con la esperanza de nuevos aumentos, se resisten á venderlo.

Aunque la tierra en la Argentina duplicase ó triplicase su valor actual, todavía resultaría barata, comparada con la de otros países de menos porvenir.

Los que conocen los recursos del suelo argentino, muéstranse de un optimismo sin límites.

— Compre usted tierras — dicen á los recién llegados —. Cómpralas aunque parezcan malas, aunque estén debajo del agua. . . siempre que sean baratas. Aquí todo prospera, todo ha de subir de precio.

El periódico inglés el *Standard*, que se publica en Buenos Aires, hizo un notable parangón entre los precios de la tierra en Australia, que es la Argentina de los ingleses, y los de la República del Plata. En Victoria (Australia), se paga de 270 á 560 francos por la hectárea de un suelo en el que el colono tiene que luchar con la continua sequía, la plaga de los conejos y la enorme distancia á que se halla de Europa. En las tierras aptas para la alfalfa, del centro de la Argentina (Sud de Córdoba y provincia de San Luis), no hay sequedad ni plagas, se vive á mitad de camino del viejo continente, y los mejores campos situados cerca de las estaciones del ferrocarril, pueden adquirirse á 70 ú 80 francos la hectárea. Como se ve, el precio actual de los terrenos argentinos resulta insignificante.

Al hablar de esta modestia en la valorización del suelo y los grandes negocios de colonización á que se presta, el *Standard* hacía el siguiente cálculo. Suponiendo un gasto por hectárea de 19,80 francos en siembra, cultura, etc. (entrando en esto la simiente de alfalfa necesaria, á 9 frs. 80 los 10 kilos), y añadiendo esta cantidad al precio de compra de la tierra, cuesta la hectárea á 100 francos aproximadamente. La legua cuadrada de alfalfa (2.500 hectáreas) resulta, pues, luego de un trabajo de año y medio, á un coste de 250.000 francos en números redondos.

El producto que esta legua puede dar, según el diario inglés, es el siguiente. Se mantienen en ella 4.500 toros de tres años para ser engordados, comprándolos al precio de 110 francos, y se revenden, pasados siete meses, á 198 francos, de lo que resulta un beneficio de 88 francos por animal, ó sea 396.000 francos de ganancia en bruto, luego de descontar 176.000 francos para los gastos, á razón de 13,20 frs. por toro. Queda, pues, un beneficio anual de 220.000 francos por legua, ó sea el reembolso casi completo en un año del valor del campo y su preparación.

Desde que el citado diario hizo este cálculo, ha aumentado algo el valor de la tierra y de su cultivo, pues lo enorme de la ganancia atrae, como es natural, mucha concurrencia. Pero aun con tales modificaciones, siempre resulta que el valor del suelo argentino no está en relación, ni remotamente, con los fabulosos rendimientos que proporciona, hábilmente explotado.

Hace cincuenta años que el valor de la propiedad rural y urbana aumenta bastante en la República, sobre todo en los últimos tiempos, que han sido de una alza vertiginosa. Las vías férreas extendiéndose por el país y el comercio de exportación dando salida á los productos, con gran aumento de sus precios, han sido los principales motores de una rápida valorización, que crece y seguirá aumentando, pues le queda mucho camino que recorrer hasta que llegue á sus verdaderos y justos límites.

Si causa asombro la rápida alza de los terrenos en poco tiempo, provoca á la vez una sonrisa irónica el recuerdo de lo que eran hace treinta años.

En 1879, el Gobierno, para reunir fondos con que atender á la expedición militar dirigida por el general Roca contra los indios del desierto — expedición que dió por resultado la conquista de 24.000 leguas, ó sea 60 millones de hectáreas — sacó á venta pública una gran cantidad de terrenos al precio de 2.000 francos la legua, algo así como 80 céntimos la hectárea, y pagaderos en cinco años. Era entonces tan grande la desvalorización de la tierra (¡hace treinta años!) y tan escasa la fe en el porvenir económico de la República, que la gente no se dió gran prisa en acudir al ofrecimiento. Muchos de los que compraron estas tierras entregaron el dinero por compromiso de partido, por amistad con el jefe de la expedición, ó como donativo patriótico, sin la más lejana esperanza de haber realizado un negocio. Hubo legua que acabó por venderse al irrisorio precio de 880 francos; menos de 40 céntimos la hectárea.

Y bien: muchas de estas tierras, adquiridas con una baratura que puede llamarse ridícula, son hoy, transcurridos treinta y un años, las más caras y productivas. La legua que costó 880 francos, vale ahora 800.000 francos, ó un millón. Y este valor no es más que teórico, pues ninguno de sus poseedores quiere venderlas, ya que dan una renta segura y más grande que la que corresponde á dicho capital.

¿No parece esto un relato prodigioso, como los cuentos de *Las mil y una noches*? ¿No merece el país argentino su título de «tierra de maravillas»? . . . Un buen número de grandes fortunas de la actualidad proceden de este origen. Sus autores no tuvieron que sufrir para hacerlas grandes quebraderos de cabeza. Compraron á tiempo: he aquí todo. Más bien dicho, no compraron, sino que fueron en su busca para venderles, y las exiguas cantidades entregadas obtuvieron los honores de un donativo patriótico.

Muchos capitalistas argentinos se han enriquecido durmiendo ó dejando dormir la tierra. Mientras permanecían en la inacción, el país trabajaba para ellos con su incesante desarrollo. Luego, á la hora de las grandezas, la República les tocaba en un hombro para despabilarlos: «Despierta, ha llegado tu hora; lo que compraste por ocho vale quinientos mil, vale un millón». Y el favorito de la suerte no tenía más que frotarse los ojos y tender luego la mano para recibir una fortuna, producto de la actividad y las fuerzas del país.

En esta prodigiosa distribución de riquezas, los más torpes y testarudos, los menos activos é inteligentes, fueron los que tocaron la mejor parte, como sucedió las más de las veces. El hombre de negocios, exuberante de actividad, apenas vió aumentar un poco el valor del terreno, lo vendió para dedicar el capital á otras empresas. El tímido, el cazurro, el avariento, el falto de iniciativas, dejó muerta y casi olvidada la tierra, por miedo á los gastos y riesgos del cultivo, y el premio de tal desidia fué encontrarse con una fortuna enorme al cabo de pocos años.

La depreciación de la propiedad rural ha durado en Argentina hasta hace poco tiempo. En 1890, un Gobierno imprevisor estuvo próximo á realizar el enorme disparate de poner en venta, de un solo golpe, las 24.000 leguas conquistadas á los indios, cobrando la mitad al contado y la otra mitad á plazos. Afortunadamente, no se realizó el negocio, y fué un gran

bien, pues de lo contrario estos territorios, enormes como naciones, hubieran ido á parar á manos indudablemente de una Compañía extranjera, ingiriéndose un nuevo Estado dentro del Estado argentino.

En 1897 todavía vendió el Gobierno muchas leguas á 1 peso 50 centavos papel la hectárea, ó sea 3.750 pesos la legua, pagaderos en cinco años, lo que representó un buen negocio para los compradores. En 1902 cambió la situación, iniciándose el alza de las tierras, que continúa actualmente, aunque con cierta lentitud.

Han influido mucho en esta valorización, el haberse generalizado el cultivo de la alfalfa, el prodigioso desarrollo de la ganadería, la exportación de animales en pie y carnes congeladas, y, sobre todo, la estabilidad que la «ley de conversión» ha dado al papel moneda, instrumento de todas las transacciones comerciales que se verifican en el interior de la República.

La agricultura y la ganadería aumentan de tal modo la riqueza del país, que á pesar de que éste importa mucho del extranjero, su exportación es siempre mayor. Más de quinientos millones de francos representa el excedente de lo que sale sobre lo que entra.

Esta es, tal vez, la causa más poderosa de la valorización creciente de la tierra, aumento de precio que responde con fidelidad al desenvolvimiento gradual de las intensas energías acumuladas en el país argentino.



UN GAUCHO



LA ARGENTINA DE AYER

I

LOS CONQUISTADORES

No fué la pobreza del suelo natal la que impulsó á los españoles al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Ciertos poetas, por su afición á extremados contrastes, han pintado con notoria falsedad á los esforzados aventureros cual una banda de halcones que, huyendo de la miseria de sus nidos, se lanzaron ávidos y feroces sobre el país del oro.

El decaimiento y la ruina del pueblo español ocurrieron dos siglos después como lógica consecuencia del fanatismo religioso, que expulsando á judíos y moriscos empobreció al país, quitándole sus elementos productores más valiosos; como consecuencia también de las incesantes guerras europeas mantenidas por los intereses dinásticos de una monarquía absoluta, y sobre todo esto por la misma conquista y repoblación de América, sangría suelta que durante centurias y centurias se llevó lo más activo y enérgico de la nación, dejando en la Península lo menos útil, el verdadero peso muerto de la raza.

Cuando se descubrió el Nuevo Mundo tenía España tantos habitantes como hoy. Dos siglos después, á fines del xvii, había descendido á nueve millones escasos: á principios del xix, cuando las colonias se separaron de la metrópoli, contaba unos once; hoy que lleva cien años entregada á sí misma, sin tener que nutrir casi todo un hemisferio, ha vuelto á poseer 18 ó 20 millones de habitantes, como en tiempos del descubrimiento. La gloriosa empresa americana fué, pues, causa principal de su decadencia, ó, más bien dicho, de su anemia.

Los historiadores españoles, con una lamentable miopía, han buscado las razones del decaimiento nacional en la misma Europa, sin extender su mirada al otro lado del Océano.